

FINALES DE NOVIEMBRE

TOVE JANSSON

Traducción del sueco de
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

Ilustraciones de la autora

 Siruela

Las Tres Edades

A mi hermano Lasse

1



Una mañana temprano en el Valle de los Mumin, el Snusmumrik se despertó en su tienda de campaña y notó que el aire olía a otoño y a partida.

¡Las partidas aparecen de la nada! De repente todo cambia y el que se marcha no quiere perder ni un minuto, arranca las piquetas y apaga rápidamente las ascuas antes de que nadie le pregunte algo o se interponga en su camino, se da prisa mientras se carga la mochila a la espalda y por fin se pone en marcha. De pronto se siente tranquilo como un árbol errante que tiene todas las hojas en calma. El lugar donde había estado la tienda de campaña es ahora un rectángulo vacío con hierba paliducha. Y más tarde, por la mañana, los amigos se despiertan y dicen: Se ha marchado, ya llega el otoño.

El Snusmumrik caminaba con pasos tranquilos y suaves, el bosque se levantaba a su alrededor y enseguida comenzó a llover. El agua le resbalaba por el sombrero verde y el chubasquero, también verde. Se oían susurros por todas partes y gotas que caían, y el bosque lo ocultaba a él bajo una dulce y exquisita soledad.

En la costa había muchos valles y junto al mar se alzaban montañas formando curvas altas y solemnes, con cabos y calas que

penetraban profundamente en la inhóspita tierra. En uno de los valles vivía una solitaria filifjonka. El Snusmumrik había conocido a muchas filifjonkas y sabía que debían comportarse según lo marcaba su especie o según lo decidieran. Pero él nunca era tan silencioso como cuando pasaba por delante de la casa de una de ellas.

Tenía una valla de palos rectos y puntiagudos y la verja estaba cerrada. El terreno estaba completamente vacío. Las cuerdas de tender habían sido recogidas y el montón de leña había desaparecido. Ni rastro de la hamaca ni de los muebles del jardín. No



había ninguna de las cosas entrañables que quedan desperdigadas alrededor de las casas de verano: el rastrillo y el cubo, el sombrero olvidado, el platito de leche del gato y el resto de objetos de cada uno que se quedan esperando a que llegue la mañana siguiente y que son indicio de una casa abierta y habitada.

La Filifjonka sabía que había llegado el otoño y lo había clausurado todo a su alrededor. Su casa daba la impresión de estar cerrada a cal y canto y completamente vacía. Pero ella estaba allí dentro, en el corazón de la vivienda, detrás de las paredes altas e impenetrables y del muro de abetos que tapaba las ventanas.

La tranquila transición del otoño al invierno no es una mala época. Es una época de recogimiento y de asegurarse una despensa tan grande como sea posible. Es agradable recoger todo lo que tienes y ponértelo muy cerquita, guardar el calor y los pensamientos y meterse en una madriguera segura bien adentro, un núcleo acogedor donde defender las cosas que son importantes y valiosas para ti. Después, el frío, las tormentas y la oscuridad pueden venir cuando les apetezca. Se suben por las paredes buscando un agujero por donde colarse, pero no pueden porque todo está cerrado y dentro está el que ha sido previsor riéndose calentito en su soledad.

Los hay que se quedan y los hay que se van, siempre ha sido así. Cada uno elige lo que quiere, pero hay que elegir a tiempo y no rendirse nunca.

La Filifjonka comenzó a sacudir alfombras en la parte trasera de la casa. Las azotaba a un ritmo rabioso y todo el mundo podía darse cuenta de que le gustaba hacerlo. El Snusmumrik continuó su camino, encendió la pipa y pensó: Ya se habrán despertado en el Valle de los Mumin. Papá Mumin le da cuerda al reloj y golpea suavemente el barómetro. Mamá Mumin enciende la cocina de leña. El Mumintröll sale al porche y ve que la tienda de campaña ya no está. Mira en el buzón junto al puente, pero no hay nada. Me he olvidado de la carta de despedida, no me ha dado tiempo.



Aunque todas mis cartas son iguales. Volveré en abril, si todo va bien. Me marcho, con la primavera estoy aquí de nuevo, cuídate. Él ya lo sabe.

Y luego el Snusmumrik se olvidó del Mumintroll, así de fácil.

Al atardecer llegó a la cala alargada que siempre estaba a la sombra de las montañas. Al fondo había un puñado de casas apretujadas y se veían unas pocas luces que ya habían sido encendidas.

Con la lluvia, no había salido nadie.

Aquí vivían el Hemul, la Mymla y la Gafsa. Bajo cada techo vivía alguien que había decidido quedarse, gente que quería estar dentro de casa. El Snusmumrik cruzó de puntillas los jardines traseros, se metió por entre las sombras y guardó silencio, no quería hablar con nadie. Casas grandes y pequeñas, todas muy pegaditas, algunas incluso estaban unidas y compartían los canalones del tejado y los cubos de basura. Hasta se veían a través de las ventanas y olían las comidas del vecino. Había chimeneas y fachadas altas, pozos con sus mecanismos y, abajo, los caminos allanados de puerta a puerta. El Snusmumrik caminaba deprisa y en silencio mientras pensaba: Oh, casas, todas vosotras, qué poco me gustáis.

Era casi de noche. El barco del Hemul estaba subido a tierra, debajo de los alisos, con una lona por encima. Un poco más arriba estaban el mástil, los remos y el timón. Estaban ennegrecidos y agrietados por el paso de tantos veranos sin que nunca los hubieran usado. El Snusmumrik se sacudió todo él y siguió su camino.



Pero el pequeño homsa dentro del barco del Hemul oyó sus pasos y contuvo la respiración. Los pasos se fueron alejando y volvió a reinar el silencio, sólo se oía la lluvia cayendo sobre la lona.

La última casa se erguía sola junto a la pared verde del bosque de abetos. Allí empezaba la auténtica tierra salvaje. El Snusmumrik aligeró el paso, directo hacia el bosque. En ese momento la última casa abrió ligeramente la puerta y una voz muy anciana le gritó:

¿Adónde vas?

No lo sé, respondió el Snusmumrik.

La puerta se cerró otra vez y el Snusmumrik entró en su bosque con mil kilómetros de silencio por delante.

